

El tren de la línea 2

Cada mañana se encontraba esperando para coger el tren en la estación de San Fernando, siempre el mismo de la línea 2 aunque tuviera que hacer transbordo después, porque no llegaba a la universidad de diseño y artes en la que estudiaba. Ya se había enterado de que el tren de esa hora de la línea 3 sí iba directamente a su universidad, pero ya llevaba demasiados meses yendo en ese vagón y no se podría imaginar sus mañanas sin quienes la acompañaban en su viaje: la señora sesentona que se sentaba en frente suya, el matrimonio que casi siempre discutía, el hombre algo canoso que trabajaba en el hospital 12 de octubre... así era la excusa que le decía a su amiga para explicar su por qué a no ir en el otro tren. Pero la verdadera razón por la que seguía viajando en esa línea, era exclusivamente por aquel chico rubio.

Una vez que entraba, siempre se sentaba en su sitio habitual y esperaba pacientemente durante dos paradas más para verle subir. Y cuando llegaba a Vicálvaro su corazón latía rápidamente, mientras no podía evitar buscarle desde el cristal, aun cuando ni había parado el tren. Siempre le encontraba al segundo, esperando en primera fila para entrar, mientras la voz que salía por los altavoces anunciaba la parada de estación en la que se encontraban. Pero esa vez, durante su búsqueda, no le encontró allí ni tampoco en el sitio donde se sentaba él habitualmente. Se comenzó a preocupar, ni siquiera sabía su nombre, pero tenía esa necesidad de revisar con la mirada los nuevos pasajeros en busca de una cabellera rubia.

No tardó mucho en notar que ya comenzaban a moverse para llegar a la próxima parada. Sabía que el tren no esperaba a nadie, pero no quería marcharse de allí hasta que él hubiera aparecido y subido. Se quedó buscándole con la mirada unos segundos más en esa pequeña estación, hasta que la perdió de vista y fue sustituida por vías. Su mirada decayó al no verlo sentado en el asiento situado diagonalmente a ella, empezaba a suponer que tal vez se había resfriado, por como estornudaba ayer y por eso no apareció.

Ya no sabía qué hacer durante el tiempo que faltaba para terminar la línea, porque desde que le vio subir la primera vez había estado contemplándole todas las mañanas: su pelo rubio aplastado por sus cascos, sus labios moviéndose cantando por lo bajo alegremente la música que estaba escuchando, el mismo abrigo que siempre llevaba... Así semana tras semana, llevaba observándole en un cómodo silencio. En esos momentos comenzó a arrepentirse de no haber llegado a conversar más con él. Recordaba perfectamente su tono de voz grave aún en sus tímpanos y como casi se quedaba trabada contestándole y sintiendo como su paquete de pañuelos se resbalaba entre sus manos, mientras que él pronunciaba un "gracias" con una seguridad que ella era incapaz de tener al lado suyo.

Nunca se había fijado en el panorama que había a su alrededor mientras viajaba de una punta de Madrid a la otra en el tren de cercanías, pensó cuando decidió mirar por la ventana en busca de algo que le hiciera olvidar su ausencia. Le pareció muy bonito el paisaje por el que estaba pasando ahora, le hacía recordar cuando iba en primavera con sus padres en el coche y pasaban

al lado de campos llenos de amapolas rojas. Ese recuerdo le invadió la mente unos segundos antes de decidir abrir su libreta por la siguiente hoja en blanco y empezar a dibujar. Hacía mucho que no dibujaba allí. Antes lo hacía por las mañanas, como entretenimiento mientras esperaba a llegar a su parada, pero desde que le vio pasar por las puertas no lo había vuelto a hacer.

Comenzó dibujando líneas verticales y horizontales como boceto, antes de añadir a su trazo más intensidad y darse cuenta de que no estaba dibujando un campo de amapolas rojas como pensaba. Sabía quién era a quien estaba dibujando nada más verlo y aunque su intención no era esa, su mano derecha no podía parar de trazar con el lapicero la figura de un chico.

Durante el resto del viaje se dedicó a dibujarle, aun cuando ni siquiera estaba delante o tenía una fotografía suya para ver los pequeños detalles, pero le había estudiado y observado tan atentamente que ya sabía como eran sus labios, sus ojos, su tono de rubio e incluso su forma de peinarse sin la necesidad de tenerle enfrente. Le hacía sentir tantas cosas, sin siquiera saber cómo se llamaba, tantos meses mirándole y estando cada mañana a la misma hora en el mismo tren..., pero seguía sin pensar en la sola idea de hacer algo tan básico como hablarle. Y se moría por tener su número de teléfono, por hacerle saber que deseaba un beso suyo y anhelaba su mirada o decirle que cada mañana antes de sentarse rezaba porque él también subiera luego. No se podía imaginar que su presencia la hacía escoger su vestido favorito para tener fuerzas para decirle un tonto hola, que seguramente pasaría desapercibido por él.

Una vez que llegó a Chamartín, como solía hacer, se bajó de las últimas cuando el vagón estaba casi vacío, aunque en verdad debería de bajarse de las primeras porque tenía que hacer transbordo allí y una vez por tardar tanto lo llegó a perder. Pero no podía evitarlo, se había acostumbrado ya y además lo hacía porque el rubio salía de los últimos, suponía para no meterse en el aglomerado de personas que se formaba. Le gustaba salir detrás de él para observarle unos últimos segundos antes de que desapareciera por la puerta de la estación y ella corriera hacia el tren de la línea 3. Ese, en el que si se montara directamente, no tendría que hacer ningún transbordo.

A la mañana siguiente todo fue igual. Suponía que tampoco aparecería por el tren, así que decidió dibujarle otra vez, mientras escuchaba de fondo las voces de los demás pasajeros. Hoy el vagón estaba más lleno de voces a las 7:00 a.m. Y no le sorprendió, incluso en su casa no paraba de escuchar que solo faltaban tres días antes de las elecciones. Ya que no esperaba verle en persona, se dedicó durante las siguientes paradas a pensar cómo podría vestir hoy si estuviera en frente suya. Sonrió para sí misma, mientras recordaba como sus labios se movían los días de atrás cantando. Aunque no sabía que escuchaba él, no podía parar de pensar que tendría un buen gusto musical.

Cuando llegó a la estación de Vicalvaro, instintivamente le buscó con la mirada un momento, antes de volverse a decir a sí misma que hoy no vendría por su resfriado. Y en efecto, no le vio los segundos en los que se quedó mirando la estrecha estación, antes de despegar la mirada de la ventana y de que se

cerraran las puertas. Se concentró en su dibujo de nuevo durante un rato más antes de mirar un segundo hacia el pasillo que formaban los asientos, para mirar las proporciones del vagón y se percató de que el rubio, hoy sí estaba sentado allí. Un suspiro salió de sus labios mientras analizaba lo guapo que estaba: llevaba un abrigo nuevo y una bufanda que conjuntaba con sus ojos, no era médica, pero era muy buena observadora y pudo notar que tenía su adorable nariz roja.

Entonces mientras le estaba mirando de arriba abajo, analizándole desde las puntas de sus zapatillas hasta el último pelo de su cabellera rubia, no se dio cuenta de que él también la estaba mirando. Se avergonzó en seguida y podía decir que su cara se había vuelto roja, pero por primera vez, no apartó la vista y sus miradas se conectaron por más tiempo de lo que hubiera llegado a imaginar. No apartó su mirada de él hasta que se abrieron las puertas y comenzaron a salir y entrar nuevos pasajeros, terminando así el contacto entre sus miradas. Y entonces se permitió mirar hacia su libreta ruborizada pensando en que unos segundos antes, él había sonreído de una forma especial que hizo que su respiración se agitara. Tuvo que esperar a que la mayoría de personas se sentaran y se cerraran las puertas para levantar su mirada intentando volver a verle. Sintió de nuevo la sensación de convertirse en pequeñita al ver como caminaba en su dirección y se sentaba justo en el sitio de frente suyo, que ahora se encontraba vacío.

- Hola, ¿cómo te llamas? - Le pareció un sueño escucharle preguntando eso.

- L-Leire - Podía notar como su labio inferior temblaba de incredulidad al saber que en verdad quería saber su nombre, cuando solo era una chica corriente y sin nada especial para conversar con un chico como él.

- Leire, me gusta. Yo soy Pablo - Su voz grave pronunciaba su nombre de una forma tan única que la hacía pensar que era un locutor de radio.

Vio como sus labios se juntaban para decirlo, esos que siempre le habían parecido que estaban demasiado lejos para ella y actualmente se encontraban a centímetros de los suyos con una sonrisa. No entendía que le había hecho para que, sin conocer siquiera su nombre, su corazón le hubiera extrañado y echado de menos ayer. Quería saber mucho más de él y encontrar las palabras correctas para decirle lo que causaba en ella y cómo había hecho que su vida cambiara ese 11 de marzo, convirtiéndolo en un día especial, con solo aquellos escasos minutos de conversación que llevaban, que para ella significaban el mundo.

Demasiadas cosas debió decirle en esos segundos y apenas pudo articular una sola palabra, mientras miraba sus intensos iris azules en el momento que se escuchó por todo el vagón un gran estallido seguido de otro a los pocos segundos.